

no es que las ciudades dediquen parte de su dinero al sostenimiento de una sala desprovista de potencia cultural. Sino todo lo contrario. El teatro debe llegar a todas partes de la mano de gentes que, como éstas que yo acabo

de conocer en Pontevedra y en Badajoz, piensan que el escenario es el lugar idóneo para proponer imágenes conflictivas, abiertas y reales del hombre y la sociedad que ocupa la butaca.—J. M.

MOLINS DE REY

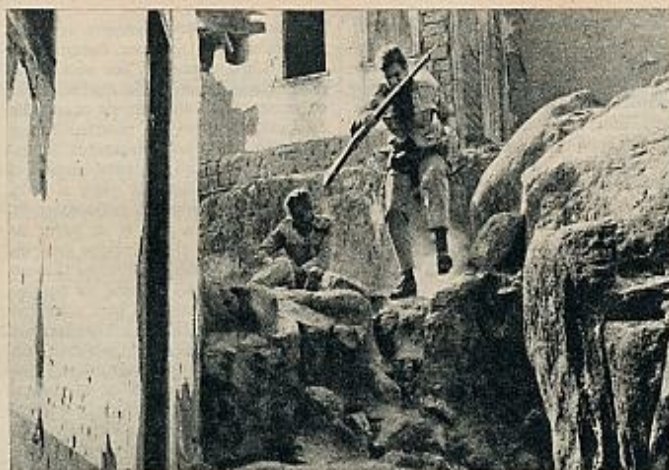
Cine español y latinoamericano

Cada año, desde hace cinco, Molins de Rey —una pequeña localidad cercana a Barcelona— celebra su Semana del Nuevo Cine Español, organizada por su Cine-Club, que preside Isidro Maclás, y dirigida por Juan Francisco de Lasa. De Molins procede, precisamente, esa denominación de «nuevo cine español» que últimamente ha hecho correr tanta tinta, que hoy se discute y es objeto de apropiación desde distintas posiciones. Lo que es evidente es que, con sus limitaciones —que en último término no son sino reflejo de otras de tipo más amplio, de carácter estructural—, la Semana de Molins ha logrado sobrepasar, con mucho, el ámbito local. Sus ediciones, evidentemente, no han alcanzado todas el mismo nivel. En último término, una Semana no puede ser sino reflejo del cine que se hace. Y este año la situación de nuestro cine no ha sido particularmente boyante.

Ante una realidad de hecho, se ha optado por la «ópera prima», complementando las sesiones con un aún tímido Encuentro Latinoamericano, al que se pretende dar mayor importancia en el futuro. De las películas españolas programadas fallaron dos, una de ellas —«Ditirambo», de Gonzalo Suárez— por no haber interesado a sus compradores, según declaró su realizador, la proyección en el marco de la Semana, y la otra —«Amor adolescente», de Jorge Lladó— por dificultades burocráticas, ya que al haber sido rodada en 16 mm. y luego pasada a 35 las autoridades no habían concedido, en el momento en que debía ser proyectada, la autorización necesaria, aunque parece que a última hora, ya terminada la Semana, el problema está en vías de resolver-

se. Es lástima que las cosas se hayan presentado en esta forma, ya que «Ditirambo», en cuanto primer largometraje de uno de nuestros novelistas más interesantes, (podía haber dado a la confrontación una pasión de la que en general ha carecido, y «Amor adolescente» ofrece el interés de haber sido realizada por un equipo extremadamente joven —el director tenía diecinueve años cuando la película se planteó— y desde las coordenadas insólitas de una pequeña ciudad de provincia, Gerona. Ausentes estas dos películas —que he tenido ocasión de ver en proyección privada, y de las que vale la pena hablar, por distintas razones, en otra ocasión— el resto del material español presentado no logró apasionar a los espectadores. Las dos obras más interesantes —«La busca», de Angelino Fons, y «No contéis con los dedos», de Pedro Portabella— luchaban con serios handicaps, en primer lugar el de haber sido proyectadas ya en Barcelona, y en segundo lugar el de las condiciones de sus respectivas proyecciones en el propio marco de la Semana. De «La busca» ya nos hemos ocupado ampliamente en estas páginas. «No contéis con los dedos» es, a lo largo de sus treinta minutos de duración, uno de los más brillantes experimentos del cine español, en el que influencias ajenas innegables se hacen hallazgos propios a través de una inteligente asimilación.

El resto de films españoles decepcionó. En años anteriores, Molins había sido el revelador de películas como «La caza» o «Nueve cartas a Berta». Las que se presentaban este año acusaban en exceso las limitaciones, no sólo de orden económico, en que ha-

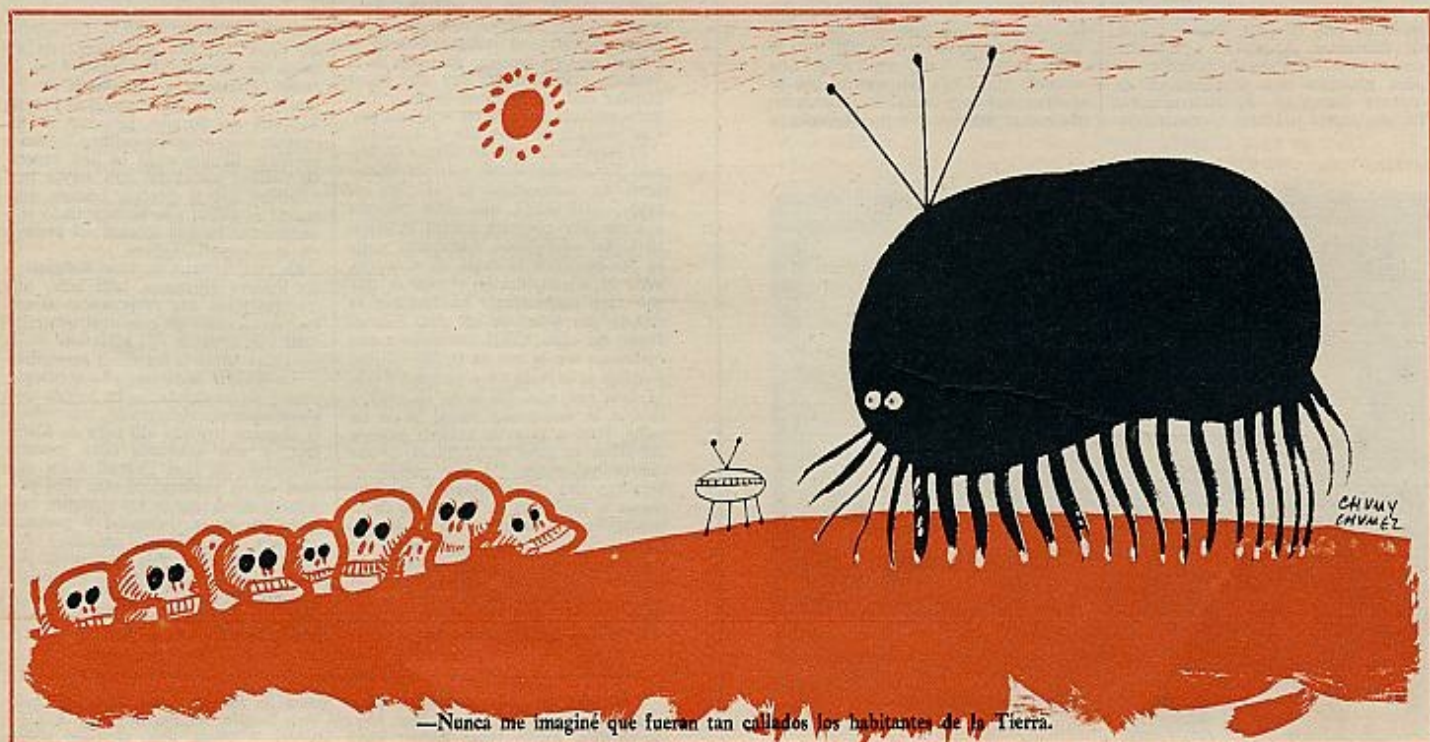


FUSILES...

bian trabajado sus autores. Obras de encargo, como «Días de viejo color», de Pedro Olea, hechas al amparo de la protección al cine infantil, como «El tesoro del capitán Tornado», de Antonio Artero, no sirven, evidentemente, para dar la medida de sus autores, aunque la primera acuse el dominio del oficio de Olea y la segunda esté salpicada de ideas brillantes que no alcanzan la debida traducción en su puesta en imagen. Por su parte, «Tinto con amor», de Francisco Montolio, acusa una inexperiencia en su realizador que sorprende después de haber visto su ejercicio de fin de curso en la E.O.C., uno de los más brillantes entre los de los últimos años, mientras que «Los amores difíciles», de Raúl Peña, dentro de sus insuficiencias y el carácter excesivamente juvenil de sus planteamientos, da testimonio de una capacidad para dirigir corporalmente a los actores —sobre todo en el tercer sketch— y para dar verosimilitud a situaciones que en el guión parecían insalvables. La aportación española se cierra con la exhibición, en sesión de homenaje a Berlanga, completada con la de «Días de viejo color», donde interviene como

actor, de «Esa pareja feliz», primera obra realizada en colaboración con Bardem y que conserva, después de más de quince años, gran parte de su frescura original.

El Encuentro Latinoamericano comportaba cuatro proyecciones. Un film argentino, uno mejicano, uno portugués y uno brasileño en sustitución del no presentado «Ditirambo». «Pajarito Gómez», de Rodolfo Khun, ha sido ya comentada en estas páginas a raíz de su exhibición en la reciente Semana de Cine Argentino. «Los cañanes», de Juan Ibáñez, y en cuyo guión ha trabajado Carlos Fuentes, es una interesantísima muestra de un cine que apenas conocemos salvo en su peor vertiente, en la que junto a ingenuidades propias de una cinematografía que continúa desinvolviéndose en condiciones poco menos que de primitivismo, existen estupendos aciertos que la hacen apasionante por momentos. «Belarmino», de Fernando Lopes, incide en el «cine directo» y es como una larga entrevista televisiva con un «viejo» boxeador, a través de la cual se replantean distintos aspectos de la sociedad portuguesa. «Los fusiles», de Rui Guerra, es, sin



—Nunca me imaginé que fueran tan callados los habitantes de la Tierra.